

## LA BIBLIOTECA CLASICA DEL P. FEIJOO

Por Agustín HEVIA BALLINA

La Librería particular de cualquier estudioso constituye por sí sola un como incipiente retrato de las inquietudes intelectuales, de los móviles y los afanes que condicionan la orientación espiritual de tal persona. Quien quiera descubrir la intimidad de un investigador, de un hombre de estudio o de letras, asómese a su Biblioteca y contémplole rodeado de la amistosa compañía de sus libros. Represénteselo casi sumergido entre tan gratos colaboradores, medio abrumado por el desorden -tan ordenado- de una mesa de trabajo, en que se apilan los libros, siempre en actitud de comunicar, abiertos para no retener nada, sino para trasfundir ideas y pensamientos, desde su letra aparentemente muerta, en veneros de sabiduría y de ciencia.

Nadie que ame los libros es capaz de resistir la amable invitación que constituyen los anaqueles de una Librería, repletos de los tesoros que forman la mina escondida, en cuyos filones se alimentan los afanes del espíritu. Tal se me representa, en lejanía de años, la egregia figura de las letras españolas, el sabio y el hombre de Iglesia, que fue el P. Feijoo.

Con grata fruición he intentado repetidamente asomarme a los recónditos misterios de lo que el P. Maestro llamaba con entrañable regodeo «mi Librería». Primeramente quise descubrirlo como el eclesiástico y el literato, que, desde sus libros, nos abría el espíritu de su formación escolástica, filosófica y teológica (1). Después traté de desvelar su figura intelectual en las aficiones histórico-geográficas que lo marcaban como un hom-

---

(1) Cf. A. HEVIA BALLINA, «Hacia una reconstrucción de la Librería particular del P. Feijoo», *Stúdium Ovetense* 4 (1976).

bre de la Ilustración (2). Para otros trabajos, tengo acopio de materiales que, siempre desde el testimonio de su Librería particular, nos revelen al científico preocupado por la Medicina y por las Ciencias Físicas y de la Naturaleza, a la vez que nos lo muestren plenamente en la vivencia de unos conocimientos bibliográficos, citados ya por propia consulta o bien a través de las grandes Colecciones, que, en sus reseñas, le ponían en contacto con las novedades de todo tipo, que se iban produciendo en el mundo occidental. En otro aspecto, quiero llegar a contemplarlo en su relación con la Biblioteca de San Vicente, cuyo catálogo inédito espero hacer pronto del dominio público. Trátase de realidades y planes que apuntan a intentos de leer el alma de un benedictino glorioso, desde la callada soledad de una celda, a cuyas paredes se adosan los estantes de una de las librerías particulares más manejadas por quien en los libros, en esa «lectura», de que él habla tantas veces, encontraba la satisfacción y el disfrute que acompañan al genuino intelectual.

Vivió el P. Feijoo un siglo en que la labor editorial apuntaba a industrializarse. Habían pasado los siglos del libro como pieza de artesanía, mimado en su confección por manos que, cual a los antiguos manuscritos, lo acariciaban como pieza destinada a presentarse acabada. El siglo XVIII conoce una amplia difusión de la industria impresora. Todavía será posible deleitarse en la tersa calidad del papel, en las exquisitas encuadernaciones, en esa confección de artífice que distingue a algunos de los libros dieciochescos, pero se camina a pasos agigantados hacia la masificación del libro, hacia la despersonalización de las nobles marcas editoriales. A pesar de todo, el P. Feijoo habrá de quejarse de la lentitud de los correos, que retrasan la llegada de las novedades que él ansía, y lamentará la penuria de libros que padecía nuestro Principado y la rareza de algunas ediciones, cuya posesión le desazonaba.

A quien se asoma a la Librería feijoniana le es dado contemplarla como un ser vivo, en continuo desarrollo, en perpetuo movimiento. Es gabinete de estudio, es retiro de meditación, es intimidad de comunicación. Testigo de fructíferos alumbramientos, la Librería del P. Feijoo presencié el desenvolverse de una pugna titánica contra el error común y asistió a la amable tertulia de quienes compartían con él afanes intelectuales.

No puedo menos de expresar con emoción mi primer contacto con la celda feijoniana de San Vicente de Oviedo, sede de su Librería. Me sentía rodeado de los apreciados libros que allí ya no existían. Posteriormente,

---

(2) «El P. Feijoo desde su Biblioteca: sus aficiones histórico-geográficas». Ponencia desarrollada en la XVI Semana de Estudios Monásticos, celebrada en el Monasterio de San Julián de Samos, del 20 al 24 de Septiembre de 1976.

con el respeto de quien penetra en un santuario, lo hice en la que, por algún tiempo, fue la Librería feijoniana en la celda moncal que frecuentara el Padre Maestro en San Julián de Samos. ¡Cuántos avatares para unos libros, el tesoro intelectual de un hijo de San Benito, que ya no volverán a ocupar los estantes que un día se cimbrearon bajo su peso!

Dos siglos y medio de reveses e infortunios fueron consumiendo la preciosa herencia del benedictino. De Oviedo marcharon a Samos, a la muerte del P. Feijoo, en cumplimiento de las Reglas de la Orden, que asignan los bienes personales de cada uno de sus miembros al Monasterio de que es hijo. Las propiedades privativas del P. Feijoo, como en el caso de tantos eclesiásticos, eran sus libros acumulados con constancia y empeño a lo largo de años. Cuando abandonaron Samos, pasaron a la Biblioteca Provincial de Lugo, por imposición de inicuas leyes de desamortización. De Lugo tornaron algunos nuevamente a Samos, al suavizarse las circunstancias que de la Biblioteca conventual los habían sacado. En cada traslado un nuevo sufrimiento y las pérdidas y deterioros que manos menos cariñosas producen irresponsablemente en el ir y volver de un cambio. De Samos volvieron a salir para Lugo, años más tarde, para encontrar en la Diputación lucense un frío cobijo, durante más de un siglo. Los últimos tiempos lucenses conocieron la formación de una Librería feijoniana, que, artísticamente, realzaba el apreciado acervo de los libros del P. Feijoo.

En momentos de nuevo esplendor para el Monasterio samonense, ya en los tiempos modernos, el Rvdmo. Abad Mitrado de la Abadía de Samos, P. Mauro Pereira Gómez, consiguió de la Diputación lucense, tras encontradas negociaciones, que los libros feijonianos retornaran a su celda de Samos, para ser testimonio de una presencia prolongada del P. Maestro entre las paredes de la celda moncal que él ocupara. El 4 de octubre de 1941, recibían los monjes de Samos la ansiada Librería del P. Feijoo, con un depósito que comprendía setenta y cinco obras.

Nuevamente el sino de la historia, cuando todo hacía augurar una perennidad venturosa a los libros del benedictino, se ensañó en las queridas reliquias y un accidente fortuito consumía en el fuego, aquel 24 de Septiembre de 1951, lo que había sido la Librería de un noble hijo de San Benito. Restos esporádicos, descubiertos en otros Monasterios de la Orden, como el *Diccionario de la Real Academia Española* en seis volúmenes, hoy nuevamente en poder de los monjes de Samos, o sobrevivientes de una búsqueda poco minuciosa en la Biblioteca Provincial lucense, obras de que me he ocupado en otros trabajos, constituyen en el presente auténticas joyas supérstites de encontrados azares, que, con la auténtica feijoniana en su sencillo «es de el Maestro Feijoo», nos acercan de nuevo al Padre Maestro.

En el ambiente de cálida intimidad de una Librería que fue y ya no es quiero adentrarme una vez más para explorar hoy los testigos del pasado clásico de Grecia y de Roma. Desde esa visión ab extrínseco del monje y del hombre de Letras, proporcionada por esta sección de la Librería feijoniana, pretendo tender los cabos que me permitan acceder a las relaciones cordiales y casi familiares, que ligaron al Padre Maestro con los núcleos vitales del humanismo grecorromano.

Quienquiera que se acerque a la lectura de las obras del P. Feijoo no podrá menos de sentir el palpito del pasado glorioso de Grecia y de Roma, en los nombres, en las gestas famosas, en las instituciones, en las costumbres, en las obras grandiosas, que, como teselas de un inacabado mosaico se esparcen por las páginas del *Teatro Crítico* o de las *Cartas Eruditas*. Algún día quisiera rehacer ese mundo del pasado grecorromano que impregna la obra del ilustre benedictino.

He de manifestar que por dedicación y por afición personal mis intereses intelectuales se hallan en el clasicismo de Grecia y de Roma, en las lenguas que fueron las de los Padres de la Iglesia en Oriente y Occidente y que sirvieron de vehículo para la trasmisión de nuestras más preciadas esencias culturales y cristianas. Sólomente ese aliento de humanismo y clasicismo que trasciende de la obra del P. Feijoo ha conseguido apartarme temporalmente de otras dedicaciones patristicas y clásicas para asomarme a ese portento del erudición y saberes que fue el Padre Maestro. Por tratarse de una figura eminente de la Iglesia, de un religioso de acendrada vida cristiana, me he dejado llevar hacia el área de su estudio, pretendiendo con ello contribuir a la genuina clarificación del papel cultural de la Iglesia en el mundo occidental.

Descubrir en el P. Feijoo al amante de los clásicos, al auténtico continuador de la corriente de helenismo y romanidad que invade sus escritos y hacerlo hoy desde los libros que lo acompañaron, que le facilitaron los engarces necesarios para conectar con ese pasado de gloria y esplendor, constituye una labor grata y alentadora. Quien, como el P. Feijoo, con penuria de recursos, sin otro instrumento que el de su conocimiento de la lengua latina —que a la griega no llegaba, porque carecía de buenos maestros que se la hicieran asequible—, consiguió penetrar directamente o por la vía de las traducciones, en las intimidades de Aristóteles o de Platón, así como en la de los grandes poetas de Roma, se convierte por eso mismo en ejemplar imitable de las vivencias del mundo de lo clásico.

Será el propio Feijoo quien nos introduzca en los secretos de su Librería, con sus propias alusiones, y serán los datos que he conseguido allegar por otros caminos los que me ayuden a perfilar ese rimero de libros, acumulados trabajosamente, de donde le dimanó el enriquecimiento cultural del Humanismo grecorromano. Hacerlos como revivir de las cenizas

en que se consumieron constituye la intención que me guía, al presentar ante este Simposio Feijoniano, los datos que nos reconstruyen la Biblioteca clásica del P. Feijoo.

#### *Autores griegos en la Librería feijoniana.*

Simplemente por cuestión de método separaré las dos facetas del clasicismo, destacando los autores griegos y latinos, así como las obras de carácter genérico que le fueron instrumento para adentrarse en los clásicos de la Antigüedad.

No era el P. Feijoo capaz de entender griego en una lectura corrida de los textos. Sin embargo, al leer sus obras se encuentran frecuentes explicaciones de índole etimológica, basada sobre el griego. Por si ello hubiera podido engendrar en alguno la convicción de que conocía la lengua de Homero, lo desmiente él mismo en la Carta 23ª del tomo V. No quiere el Padre Maestro adornarse con plumas que no le corresponden y lo elemental de sus conocimientos no le facilita ni siquiera una superficial penetración en los originales de los escritores griegos.

La situación del griego en la España del siglo XVIII era lánguida y decadente. Se carecía de buenos enseñantes y se abusaba por parte de quienes lo conocían, exaltando al griego como «fuente de toda erudición», cosa que irritaba al P. Feijoo. Por ello, se permitió recomendar la lengua francesa con preferencia al griego. El habría deseado tener en esta lengua un dominio suficiente para introducirlo en la lectura directa de la Sagrada Escritura: «si es así como yo lo imagino y hoy pudiésemos adquirir la lengua griega con toda esa perfección, yo preferiría a todos los tesoros del mundo tener el Testamento Nuevo o por lo menos las Epístolas de San Pablo en Lengua Griega.» (3).

Para los escarceos etimológicos que abundan en su obra, he constatado la presencia entre los libros de su Librería del *Lexicon Graeco Latium* de Scapula (4). Una hermosa y cuidada edición elzeviriana de este *Diccionario* figuró entre sus libros, según nos consta por el inventario de los confiados en depósito al Monasterio de Samos, en el que aparece reseñado al número 68. La obra se complementaba con un léxico etimológico del que, sin duda, tomó Feijoo sus referencias en esta línea. El mismo nos dirá a propósito de la riqueza verbal del griego: «yo tengo el Diccionario greco-latino de Scapula y me parece que por la multitud de voces compuestas y derivadas, es la mitad más copioso que el latino-hispano de nuestro Nebrisense, siendo así que no es éste nada pobre de voces latinas,

(3) C.E., V, 23ª, 21.

(4) I. SCAPULAE, *Lexicon Graeco Latinum e probatis auctoribus locupietatum cum indicibus ex graeco et latino auctis et correctis. Additum auctarium dialectorum in tabulas compendiose redactarum: accedunt Lexicon Etymologicum cum thematibus investigatu difficilioribus et anomalis et Ioann. Meursii Glossarium contractum, hactenus desideratum.* Amstelædam, apud Ioannem Blaeuw et Ludovicum Elzevirium, 1652.

por lo menos de las que se hallan en los mejores autores» (5). El mismo nos reconoce también tenerlo presente para sus explicaciones o aclaraciones de índole etimológica (6).

Aunque no conociera la lengua, conocía el P. Feijoo, aparte de los pormenores de la Historia de Grecia, sus autores más representativos. Sus vías de acceso al pensamiento griego fueron las traducciones latinas o francesas de los textos que manejaba. Tal es el caso en relación a Aristóteles, autor que conoció Feijoo en algunos aspectos de su obra filosófica por lectura directa o a través de las interpretaciones escolásticas, en especial por la *Summa* de Santo Tomás. El P. Feijoo sintió especial curiosidad frente a algunos de los libros del estagirita, especialmente los de orientación hacia la Física o hacia las Ciencias de la Naturaleza.

En efecto, al lado de la *Metafísica*, la *Ética*, los *Problemas*, las *Categorías* y la *Política* aparecen citados con mayor frecuencia los tratados aristotélicos *Sobre la Física*, *Sobre el Cielo*, *Sobre las Plantas*, *Sobre la generación, las partes y la historia de los animales* o *Sobre el Mundo*. Feijoo acompaña sus citas con las palabras que toma de la edición latina que posee. A veces, no consigue hallar en ella alguna cita que leyó o vio en otro autor. Así, del metopóscopo Filemón, que le citaba el *Theatrum Vitae Humanae* por Aristóteles, nos dirá que no pudo hallar en él tal especie (7).

Feijoo nos demuestra haber manejado a fondo al filósofo estagirita y para corroborarlo basta su Discurso «Mérito y fortuna de Aristóteles y de sus escritos» (8). Los mismos textos latinos que de él cita nos aseguran de la versión que manejaba en esta lengua. Conoce el Padre Maestro las traducciones de Argirópulo y de Alcionio (9), que le merecían poca garantía, alabando, en cambio, la versión de la *Historia de los Animales* realizada por Teodoro de Gaza, «el más sabio, perspicaz y puntual traductor de quantos pusieron la mano en los escritos de Aristóteles» (10). El propio Feijoo nos manifiesta con precisión la presencia del estagirita en su Librería: «tengo en mi estudio las traducciones latinas de tres hombres, en la línea de doctos los mayores que produjo la Antigua Grecia, Aristóteles, Hippócrates y Platón, y confirmo que en su estudio se puede hallar mucha y selecta doctrina» (11).

Me parece posible concluir que la edición que usa es la misma que nos menciona el Catálogo de la Biblioteca de San Vicente, es decir la de Lyon

(5) C.E., V, 24<sup>o</sup>, 12.

(6) C.E., II, 27<sup>o</sup>, 49.

(7) T.C., V, 2<sup>o</sup>, 25.

(8) T.C., IV, 7<sup>o</sup>.

(9) T.C., IV, 7<sup>o</sup>, 58.

(10) T.C., IV, 7<sup>o</sup>, 68.

(11) C.E., V, 24<sup>o</sup>, 15.

de 1549 (12), ya que el tenerla «en su estudio» puede significar tenerla en uso y no estrictamente en su Librería. Por ello, no habría seguido al resto de los libros feijonianos, siendo éste el motivo de que no haya llegado a la Biblioteca samonense, con todas las peripecias que posteriormente sufrieron los libros feijonianos.

Entre los libros de la Biblioteca feijoniana que estuvieron en la Diputación Provincial lucense, figuró también el comentario del P. José Sanz de Aguirre, el gran expositor aristotélico. Las exposiciones de Sanz de Aguirre se circunscribían a la parte filosófica relativa a la *Ética Nicomaquea*, sobre la traducción latina de Argirópulo Cruzantino (13). La relación de Lugo la menciona al número 60, figurando en el inventario para Samos con el 57.

Dioscórides es otro de los autores griegos que tuvo en particular aprecio Feijoo. Este autor médico, conocido por el sobrenombre de Anazarbeo, por razón de su patria, vivió en el siglo I del Cristianismo. Su tratado *De re medica* constituye una sistematización acabada de los principales remedios provenientes de los reinos animal, vegetal y mineral. Esta obra magna, fruto de una observación minuciosa, se impuso sobre toda la literatura médica precedente y constituyó un libro considerado como clásico en la materia, durante muchos siglos.

No he podido llegar a saber cuál de las múltiples ediciones de esta obra tuvo a mano Feijoo (14), aunque presumo que fue una de las valencianas anotada por el Doctor Andrés Laguna. Lamento que, en algún momento de la lectura de las obras de Feijoo, después de encontrar una referencia que aludía a la presencia de este autor médico en su Librería o en la de su Monasterio, no he anotado la cita oportunamente, por lo que no puedo dar aquí localización exacta. Creo recordar que la mencionaba entre sus libros y que añadía que anteriormente ya había tenido ocasión de consultarla en el Monasterio de San Martín de Madrid. Apoyo, por ello, la pertenencia de esta obra a la Librería feijoniana en el fundamento, bien endeble por cierto, de mi memoria. Me disculpo por tal motivo y espero avalar mi aserción con cita más segura.

---

(12) Catálogo de San Vicente: «Stagyritae opera omnia, 2 tom., en fol., past., Lugduni, 1549 (sign. 16.1)». En la Biblioteca de Lugo, proveniente de la Librería de Samos, se conserva la siguiente edición aristotélica: *Operum Stagyritae partim ad graecum exemplar diligentissime recognitorum partim nunc primum latinitate donatorum*, Basileae, 1528, 2 vols. La *Retórica* y la *Gran Moral* contienen abundantes anotaciones de mano del siglo XVIII.

(13) J. SANZ DE AGUIRRE, *Philosophia Moralis ab Aristotele tradita decem libris tinitate donatorum*, Basileae, 1528, 2 vols. La *Retórica* y la *Gran Moral* contienen abundantes anotaciones de mano del siglo XVIII.

(14) No parece probable, en todo caso, que tuviera presente una edición latina o griega. De éstas tengo entre mis libros la edición griega acompañada de la traducción de Marcelo Virgilio: *Pedaçii Dioscoridae Anazarbei de medica materia libri V; de letalibus venenis eorumque praecautione et curatione, de cane rabido, deque notis quae morsus ictusve animalium venenum relinquunt sequuntur deque eorum curatione liber unus, interprete Marcello Virgilio*, Coloniae, opera et impensa Ioannis Soteris, anno 1529, mense Augusto. En el mismo volumen: *Hermolai Barbari patritii veneti in Dioscoridem corollariorum libri quinque*, Coloniae, apud Ioannem Soterem, anno 1530, mens. Feb. El sentido de las citas del P. Feijoo se adapta mejor a la interpretación de Laguna que a la de Marcelo Virgilio, según he podido comprobar.

La obra de Dioscórides se hallaba, con todo, en la Librería conventual de San Vicente (15). A los efectos posibles de un uso directo por el P. Feijoo bastaría para darlo por libro de manejo inmediato. El Catálogo de San Vicente no proporciona datos bibliográficos sobre la edición que allí se guardó. La afirmación de que debió de ser una de las del Doctor Laguna (16) la apoyo en el hecho de que Feijoo corrobora algunos de sus asertos por la autoridad de Laguna en el comentario de Dioscórides (17). También conoce Feijoo el comentario de Ammato Lusitano, siendo ésta la edición que probablemente vio en San Martín de Madrid (18).

Con más seguridad, sobre el testimonio del propio P. Feijoo, puedo afirmar la presencia de Hipócrates en la Librería feijoniana. En efecto, entre las obras de los tres sabios griegos ya mencionados, enumera las de Hipócrates en su versión latina (19). Hipócrates, que, según el parecer de Arnaldo de Vilanova, junto con Galeno, habría recibido el arte médico por divina revelación (20), resultó ser autor de extraordinaria estima para el P. Feijoo, aunque no siempre admitiera sus puntos de vista, como ocurrió a propósito del «aforismo exterminador» (21). La edición que tenía en su poder el Padre Maestro incluía las Cartas de Hipócrates a Damageto en su versión latina, según él mismo nos indica. Parece probable que se trataba de la colección de los aforismos hipocráticos que realizó, sistematizándolos, Giovanni Marinelli (23). El P. Feijoo conoce del médico griego el *De veteri medicina*, el *De epidemiis*, el *De carnibus* y los *Aforismos*, el *De locis in homine* (este último por Marinelli) (24) y el *De diaeta*, lo que nos revela un amplio manejo de la colección que posee. De ella nos dirá el P. Feijoo: «en esta colección noté yo cuánto se apartan de la doctrina hipocrática muchos y aun los más de aquellos que la preconizan como divina» (25). Asimismo utilizó el Padre Maestro algunos comentarios a los *Aforismos*, que constituirán, con otros libros de orientación médica y científica, el objeto de un próximo estudio sobre esta Sección de la Librería feijoniana.

El espíritu satírico, ligeramente mordaz, de Luciano de Samosata atrajo al espíritu polifacético del P. Feijoo. También Luciano había luchado

(15) En Catálogo de San Vicente: «Dioscorides, materia medicinal, 1 tom., fol., perg. (Sign. 40,2)».

(16) P. DIOSCORIDES ANAZARBEO, *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos traducido de la lengua griega en la vulgar castellana e ilustrado con claras y substanciales annotations y con las figuras de innumerables plantas exquisitas y raras por el Doctor Andrés de Laguna, médico de Julio III, Pont. Max. en Salamanca, por Mathias Gast, 1566; Valencia, por Benito Cabrera, 1677.*

(17) T.C., II, 8º, 21; VI, 4º, 53; VII, 8º, 32.

(18) Venetiis, 1553; 1557; 1558; 1562; Argentorati, 1554. Cf. T.C., II, 8º, 58.

(19) C.E., V, 24º, 15.

(20) T.C., V, 7º, 17. El P. Feijoo había leído tal especie, según esta cita, en el Doctor Bravo de Sobremonte

quien la expone en su *Disputación Apologética por la Medicina Dogmática*, sect. 1, resol. 8, § 5. Cf. T.C., II, 8º, 58.

(21) C.E., V, 24º, 15.

(22) T.C., V, 7º, 17. El P. Feijoo había leído tal epetente quod ab initio probaberis».

(23) T.C., I, 1º, 10.

(24) T.C., VIII, 10º, 201, Adic. 1. Cf. *Hippocratis Opera omnia ex Jani Cornarii versione una cum Ioanne Marinelli commentariis ac Petri Matthaei Pini indice, singula singulis tomis*, Venetiis, ex Typ. Rodiciana, 1737.

(25) T.C., VIII, 10º, 201, Adic. 4.5.6.

(26) T.C., ib., Adic. 1.

contra el error común y la superstición en la perspectiva de la religión helenística y el P. Feijoo se sentía, en la distancia del tiempo, en una situación similar a la del escritor griego. El estilo de sus *Diálogos* le subyugaba y sabemos que los había leído en latín (26), sin que pueda precisarse cuándo ni por qué edición. En todo caso, por una que no era de su propiedad: «yo he leído los Diálogos de Luciano en latín y los tengo en francés en la traducción de Ablancourt; no sé lo que dista éste respecto del original griego», confesará con humilde sinceridad el P. Feijoo, mas «respecto de la traducción latina no sólo no hallo discrepancia substancial, pero ni inferioridad alguna en la gracia» (27). Las traducciones de clásicos griegos y latinos, realizadas en el siglo XVII por Mons. Nicholas Perrot d'Ablancourt, se hicieron célebres en su época por la elevación y elegancia de su estilo, aunque se granjearon también el calificativo, no desconocido al P. Feijoo, de «les belles infidèles».

De la obra de Luciano conocía también el P. Feijoo la traducción de *El incrédulo*, llevada a cabo por Tomás Moro, al que cita dos veces por el prólogo de esta traducción del griego al latín (28). Esta insistencia en la cita parece indicar que lo tenía a mano o, al menos, que lo había manejado en algún momento. Sin embargo, no tenemos ninguna constancia de la obra en la Biblioteca feijoniana.

En sus referencias a la antigüedad clásica frecuentemente recurre el P. Feijoo a Plutarco, por el prestigio que le merece en cuanto a veracidad. Abundantes son las citas de sus *Vidas Paralelas*, lo que hace pensar que tenía un ejemplar de esta parte de las obras del autor de Queronea. El P. Feijoo nos habla de «hallar sus materiales en el Libro de los Paralelos» (29) y nos manifiesta que «ha mirado con atención» el mismo libro (30). En otros casos nos dirá: «acuérdome de haver leído en Plutarco, en la Vida de Pompeyo» (31) y así tantas otras apreciaciones semejantes. A través de sus citas aparecen en la obra del Padre Maestro múltiples tratados plutarqueos, con sus correspondientes textos latinos, lo que nos habla de un uso directo.

El P. Feijoo conoce, entre otros, el *De placitis philosophorum*, el *De tuenda bona valetudine*, los *De industria* y *De procreatione animalium*, el *Liber de daemónio Socratis*, el *De esu carnium*, el *De virtutibus mulierum*, el *De musica*, el *De tranquillitate animi*, los *Apotegmata laconica*, etc., que avalan la posesión de una edición personal de las obras completas del de Queronea. Para tal afirmación no puedo aportar datos definitivos, pero las

---

(26) C.E., II, 8<sup>o</sup>, 38.

(27) *Ib.*

(28) T.C., III, 6<sup>o</sup>, 1; C.E., II, 11<sup>o</sup>, 2.

(29) T.C., IV, 8<sup>o</sup>, 55, Adic. 2.

(30) *Ib.*, Adic. 10.

(31) C.E., III, 2<sup>o</sup>, 11.

razones de congruencia me parecen bastante válidas en este caso. Sea de ello lo que fuere, el ejemplar feijoniano desapareció pronto de entre los libros del Padre Maestro. Tal precisión de citas solamente parece justificada por la presencia de la obra de nuestro historiador en la propia Librería o en la conventual del Monasterio, cuyo Catálogo, sin embargo, no la reseña.

Platón es el tercero de los autores que, junto con Aristóteles e Hipócrates, tiene el P. Feijoo en su estudio por la versión latina, que él considera por sí sola suficiente para acceder al pensamiento del gran filósofo griego. El influjo de Platón fue muy intenso en el mundo occidental y la incorporación de su pensamiento a categorías cristianas por San Agustín, hizo que este influjo se perpetuase también en los ambientes intelectuales del cristianismo.

En el caso de Platón, con excepción frente a los demás escritores griegos, cuyos libros poseyó el P. Feijoo, se ha conservado entre los ejemplares de la Librería feijoniana de la Biblioteca Provincial de Lugo un hermoso tomo de la edición de Basilea de 1561. El libro a que me refiero comprendía todas las obras del filósofo heleno y fue confiado en depósito a la Abadía de Samos, con las restantes obras que habían pertenecido al P. Feijoo, de donde desapareció en el incendio de 1951 (32). A pesar de que Feijoo debió de leer las obras platónicas, sin embargo su influjo en el pensamiento del benedictino es mucho menos intenso que el de la obra del estagirita.

Como en el caso de los restantes autores griegos que formaron parte de la Librería feijoniana, los *Caracteres* de Teofrasto, el insigne discípulo de Aristóteles, también llegaron al P. Feijoo en versión asequible. A través del latín, principalmente, y del francés se trasfundió a nuestro benedictino la corriente del Humanismo de Grecia. Al igual que en las obras de Luciano, el francés fue el intermediario en el caso de Teofrasto y la expresión literaria de un hombre de letras el medio para acceder al pensamiento del noble discípulo de Aristóteles. La versión griega realizada por La Bruyère, con las adiciones relativas a las costumbres contemporáneas del autor de la traducción, figuró en la Librería feijoniana y sobrevivió hasta la época del incendio samonense. La obra del francés, en cuatro volúmenes, figuró en el inventario de depósito para Samos, con el número 38 (33).

---

(32) *Platonis Atheniensis philosophi summi ac penitus divini opera quae ad nos extant omnia, per Janum Cornarium medicum*, Basiliae, in Officina Frobeniana, 1561. En las relaciones del Catálogo de Samos y del inventario de depósito confiado a la Abadía de Samos figura con el número 41: «Philosophia per Platonis Atheniensis, 1 tomo de 1561, 34 por 23». El inventario de Samos lo he incluido como apéndice de mi trabajo «Hacia una reconstrucción de la Librería particular del P. Feijoo», *Studium Ovetense* 4 (1978).

(33) MR. DE LA BRUYÈRE, *Les Caractères de Teophraste et la suite traduits du grec avec les caractères ou les mœurs de ce siècle*, 14<sup>e</sup> édition, revue, corrigée et augmentée par l'auteur, Lyon, Frères Bruiset, 1747, 4 vols.

Por lo que se refiere a otros libros de autores griegos, que pudo tener a mano el P. Feijoo, el Catálogo de la Biblioteca de San Vicente nos referencian las obras de Homero y la Historia de Polibio, que, en sus versiones latinas, algún dato pudieron ocasionalmente aportarle (34).

#### *Autores latinos en la Librería feijoniana.*

Decir que Feijoo conoció bien el latín no es decir nada nuevo. En el ambiente de las aulas constituía el latín un medio de expresión ordinario. Dentro de la más pura tradición escolástica, las *Dissertationes* y las *Disputationes* académicas se tenían en latín y los catedráticos aseguraban su buen prestigio con una correcta y lucida expresión en la lengua del Lacio. El P. Feijoo, que había tenido una formación de amplia base humanística, siguiendo los métodos de las *Repetitiones*, y que había llegado a expresarse con mediana soltura en latín, como lo atestigua su «Veritas vindicata» (35), había tomado contacto con la lengua culta de entonces muy probablemente ya desde la casa paterna, antes de su ingreso en Samos. Recuerda él mismo con admiración la extraordinaria memoria de su padre, que era capaz de aprenderse de una sola vez más de trescientos versos de Virgilio. La Paideia del siglo XVIII insistía en la memorización de textos clásicos como el mejor soporte de una cultura amplia. Cicerón y Virgilio eran los autores preferidos, aunque no faltaban tampoco autores como Ovidio, Marcial y, en menor escala, Lucano o Quintiliano.

Leyendo las obras del P. Feijoo es frecuente encontrarse con versos de Virgilio y Ovidio o con párrafos de Cicerón o Séneca, citados sin precisión de lugar y obra, porque habían sido para él objeto de aprendizaje desde la escuela o desde los primeros años de sus contactos con el mundo de Roma. En sus años jóvenes, en los distintos Colegios de la Orden, donde trascurrieron sus estudios, el P. Feijoo había conseguido empaparse de un mundo de valores que rezumaría romanidad por toda su obra. Precisar el complejo de las influencias clásicas latinas de nuestro beneditino será objeto de trabajo más amplio que tengo entre manos. De momento sólo pretendo delimitar la Sección de su Biblioteca clásica, integrada por los autores latinos.

Algunos de estos autores entraron en su Librería de manos de inquietudes concretas que ocupaban la mente del P. Feijoo. Otros, en cambio, quizá estuvieron presentes desde sus tiempos de estudiante, sea en forma de obras completas o de selecciones y antologías. Otros, en fin, acompañaron a lo largo de toda su vida las aficiones del beneditino.

Entre los autores que pasaron a integrar la Librería feijoniana para satisfacer preocupaciones concretas, podemos contar la obra del médico

(34) Catálogo de San Vicente: «Homero, Eliada y Odisea, 2 tom., 8º, past. (sign. 18.3)»; «Polibio, Historia, 3 tom., 4º, past., Madrid (sign. 15.3)».

(35) T.C., «Veritas vindicata».

Celso. En sus referencias a las obras médicas de la Antigüedad, en especial a las de Hipócrates y Galeno, la visión médica de Aulo Cornelio Celso, el médico que floreció bajo Tiberio, atrajo particularmente la atención del P. Feijoo que procuró adquirir la gran enciclopedia médica del Hipócrates romano, de la que tomó repetidamente máximas y observaciones, citándolo por los títulos latinos de sus tratados *De re medica*, *De re pharmaceutica* o *De re chirurgica*, con amplios textos latinos y precisión de libro y capítulo (36). Esta obra satisfacía parcialmente los intereses y aficiones del P. Feijoo. El mismo nos lo cita entre los autores presentes en su Librería: «esto hai en cuanto a Celso, Tozzi y Martínez, autores que tengo en mi Librería» (37). No es posible precisar la edición que manejó el Padre Maestro, pero basta saber que sus citas son de primera mano, cuando lo cita como autoridad, junto con Hipócrates o alguno de los médicos más modernos.

De Cicerón no ha quedado constancia de ninguna edición en la Librería feijoniana. Sin embargo, estoy convencido de que Feijoo hubo de contar con las obras del Arpinatense, al menos en su mayor parte. No creo que Feijoo haya llegado, como el P. Francisco de Macedo, a quien él cita con admiración, «a tener en la memoria las obras de Cicerón, de Salustio, de Livio» y de otros trece o catorce autores latinos, según nos manifiesta en sus «Glorias de España» (38). Con todo, el propio Padre Maestro nos manifiesta que algunas de sus citas del célebre autor latino son fruto de su memoria: «un pasaje de Cicerón, cuyas palabras tengo en la memoria, aunque no me acuerdo en qué obra suya las leí» (39).

Poco podía ofrecerle en punto a obras ciceronianas la Biblioteca de San Vicente. Su Catálogo nos menciona entre sus fondos solamente el *De officiis* (40). Sin embargo, el P. Feijoo demuestra conocer entre las obras filosóficas del orador de Arpino los tratados *De divinatione*, *De Legibus*, *De Natura Deorum* y las *Tusculanae Disputationes*; entre las retóricas, el *De oratore*, el *De claris oratoribus* y la *Rhetorica ad Herennium*. De los discursos, solamente menciona el *Pro Plancio*, el *Pro Sexto Roscio Amerino* y el *Pro Ligario*. A buen seguro que de algunas de estas obras le habían quedado grabados de sus años de estudiante no pocos textos; pero otros, acompañados de localizaciones precisas, hacen pensar que tuvo oportunidad de verificarlas en su Biblioteca particular.

Ocasionalmente se encuentra mención en las obras del padre Maestro de otro autor latino que debió de figurar con mucha probabilidad en la

(36) T.C., I, 15<sup>o</sup>, 35; I, 6<sup>o</sup>, 19.25; II, 2<sup>o</sup>, 68; II, 10<sup>o</sup>, 30; V, 7<sup>o</sup>, 10; VIII, 10<sup>o</sup>, 22. 51. 52. 147; VIII, 11<sup>o</sup>, 56; C.E., I, 40<sup>o</sup>, 9; IV, 17<sup>o</sup>, 1; V, 9<sup>o</sup>, 11.19.

(37) J.R., Refl. IV, § VIII, p. 46 ted. Madrid, Imprenta de Antonio Sanz, 1785.

(38) T.C., IV, 14<sup>o</sup>, 76. Adic.

(39) C.E., V, 10<sup>o</sup>, 8.

(40) Catálogo de San Vicente: «Cicerón, de officiis, 1 tom., 4<sup>o</sup>, perg., Lermac, 1619 (Sign. 40.2)».

Librería feijoniana. Se trata de Junio Moderato Columela, por quien Feijoo sentía particular aprecio y al que, en «Glorias de España», califica de «discretísimo y elegantísimo» (41). A propósito de la expresión «aeternam iuventam sortita» del escritor latino (42), cometió Feijoo la imprecisión de atribuirle unos versos latinos en que se contenía (43), cuando en realidad pertenecían al docto jesuita francés P. Jacobo Vanière en su obra *Praedium rusticum*. Feijoo se rectifica de ello y se disculpa: «aquellos versos *namque parens hominum etc.* con que se concluía el Discurso se dice que son de Columela. Como tales los haviamos visto citados en las *Memorias de Trévoux*, año de 1710, tom. 1, pag. 286. Pero después hallamos los mismos sin la variación de una letra, en el *Praedium rusticum* del P. Jacobo Vanière, el cual ciertamente no los extraxo de Columela, porque leído todo este autor, no parecieron en él tales versos, si bien Columela, en el prefacio de su obra en prosa, pone el mismo pensamiento y aún la expresión *aeternam iuventam sortita*. Así se los restituimos a aquel discreto jesuita. Pero advertimos que en la nueva edición de 1730 los inmutó el autor considerablemente» (44). Para tal lectura de Columela no contaba el P. Feijoo con el tratado *De re rustica* en la Biblioteca de San Vicente, cuyo Catálogo no lo relaciona, por lo que es más que verosímil que haya tenido su propio ejemplar.

Para los Historiadores latinos estuvo provisto el P. Feijoo de dos grandes volúmenes en folio que recogían los principales textos de la historiografía romana, bajo el título de *Historiae Romanae Scriptorum Latinorum Veterum* (45). Esta obra aparece en la relación de la Biblioteca de Lugo con el número 67 y en el inventario del depósito de Samos, con el 64. No son, sin embargo, los historiadores los que, entre los clásicos, cita con mas frecuencia el P. Feijoo, a pesar de sus aficiones por la Historia. De Tácito demuestra conocer los *Annales*, las *Historiae* y el *De moribus germanorum*, a los que cita en varias ocasiones por sus textos latinos. En cuanto a Livio, nos afirma leerlo y manejarlo por la Década 3ª, Libro VIII (46). De los restantes historiadores, si exceptuamos a Suetonio, a quien parece haber leído, apenas si los menciona, si no es de segunda mano y muy genéricamente.

La lectura de la obra feijoniana nos pone pronto en constatación de una realidad: la ingente cantidad de citas tomadas de la *Historia Natural* de Plinio. En efecto, el P. Feijoo considera al naturalista latino entre las máximas autoridades de la antigüedad y se había empapado bien de su obra. La monumental enciclopedia del latino satisfacía en mucho la curiosidad de hombre de Ciencia del Padre Maestro. Textos latinos de la *Histo-*

(41) T.C. IV, 14º, 30.

(42) COLUMELA, *De re rust.*, I, Praef., 2.

(43) T.C. I, 12º, 39.

(44) T.C. IX, I, 34.

(45) Avrellopoli, apud Petrum et Jacobum, 1625, 2 vols.

(46) C.E., II, 15º, 11. De Livio tenía Feijoo en la Biblioteca de San Vicente la siguiente edición que nos reseña su Catálogo: «Libro (Tito), *Hist. Romana*, 1 tom., fol., pta., Francf., 1578 (Sign. 15.2).

ria *Naturalis* esmaltan acá y allá las obras feijonianas y quizá ningún otro autor latino sea citado en ellas con tanta constancia por los libros y capítulos de su obra.

El P. Feijoo nos informa de la metodología que sigue respecto a la obra pliniana. Utiliza como punto de referencia la tabla que antecede al principio de cada libro de la *Historia Natural* (47). El Padre Maestro la consultaba con frecuencia y buscaba en el latino la noticia o el dato interesante. No he podido, sin embargo, constatar con seguridad que el benedictino tuviera en su Librería particular un ejemplar de la obra pliniana. Feijoo solamente nos indica que lo *tiene presente* (48) y tal expresión no es la usual, cuando quiere indicar que pertenece a su Librería. Me inclino a creer que usó el ejemplar pliniano perteneciente a la Biblioteca conventual, en cuyo catálogo se reseña (49). Poner de relieve el influjo de la obra del naturalista latino en el complejo de las obras del P. Feijoo formará objetivo, con los restantes autores clásicos, del trabajo, ya en progreso, sobre las fuentes clásicas del pensamiento de Feijoo.

Propio, en cambio, fue el ejemplar que manejó el benedictino de los *Epigrammata* de Marcial. No fue éste autor de amplia resonancia en la obra feijoniana. El P. Feijoo no estuvo exento de cierta prevención frente a las expresiones y conceptos, a veces atrevidos, del gran costumbrista hispano-romano. En punto a la polémica sobre la superioridad de Lucano con respecto a Virgilio, a la que se opuso el joven jesuita Xavier Joaquín de Aguirre (50), alegó el P. Feijoo testimonios de Estacio y de Marcial. En cuanto a este último nos dice el benedictino: «es cierto que ni quando en el 4. tomo traté la cuestión de la competencia de Lucano con Virgilio, ni quando la retoqué en el Suplemento, tenía a la vista o en la memoria passage alguno de Marcial conducente a mi propósito; ni antes o después de escribir el Suplemento, le hallé, aunque le inquieri con algún cuidado en el exemplar que tengo de los *Epigramas* de este poeta» (51). Feijoo nos informa, además de lo relativo a la posesión de una edición del bilbilitano, de que la cita de Marcial la había tomado de Thomas Pope Blount, en su *Censura celebriorum authorum*, reconociendo también: «del exemplar de Marcial que yo tengo, justissimamente excluyó el editor los muchos epigramas obscenos que se hallan en otras ediciones» (52). Con ello cree el benedictino dejar a salvo su honradez científica, a la vez que su noticia nos sirve para añadir una nueva obra a su Librería.

---

(47) T.C., II, 2<sup>o</sup>, 5.

(48) C.E., V, 26<sup>o</sup>, 1.

(49) Catálogo de la Biblioteca de San Vicente: «Plinio (Caro). *Histor. Naturalis*, 1 tom., fol., Venetiis, 1581 (sign. 14.2)».

(50) J. X. DE AGUIRRE, *El príncipe de los poetas. Virgilio, mantenido en su soberanía contra las pretensiones de Lucano, apoyadas por el Rmo. Padre. M. Fray Benito Gerónimo Feijoo, benedictino, en el Tomo quarto de su Theatro y en el Suplemento a dicho tomo. Respuesta del Padre Joaquín Xavier de Aguirre a carta del señor D. Joseph Borrull*, Madrid, Imprenta y Librería de Manuel Fernández, 1744.

(51) C.E., V, 19<sup>o</sup>, 4.

(52) *Ib.*, 5.

Entre las glorias de España destaca el P. Feijoo a Quintiliano por superior al mismo Cicerón en la aplicación de los preceptos y magisterio propios del arte de la retórica. No fue Quintiliano autor que figurara en la Paideia juvenil feijoniana. Es más, no tomó contacto con el preceptista latino hasta después de la publicación de los dos primeros tomos del *Teatro Crítico*. Fue autor que figuró en la Librería del P. Feijoo, de lo que nos informa el propio benedictino: «de Quintiliano no avia leído ni un renglón, ni aún visto este autor por la cubierta hasta después de dar a luz el segundo Tomo del *Teatro Crítico*. Compréle el año 28, en el deshecho de la Librería del difunto Conde de Torrehermosa y desde entonces lo tengo en la mía» (53). Por si fuera poco, contaba además con un ejemplar, en versión castellana, perteneciente a la Biblioteca de San Vicente (54).

Llegado al poeta de Mantua, al encumbrado sobre todos los poetas latinos, Virgilio, no tengo elementos que apoyen la afirmación de su pertenencia a la Biblioteca feijoniana. Y, sin embargo, hay que reconocer que un ejemplar del mantuano debió de acompañar al P. Feijoo y serle lectura frecuente. En la propia casa paterna, de labios de su padre, Don Antonio Feijoo y Montenegro, debió de participar Feijoo, desde su niñez, de los frutos de la felicísima memoria del hidalgo gallego, capaz de aprender «trescientos versos de Virgilio en una hora» (55).

Los versos virgilianos, aprendidos en tiernos años, empaparon el alma sensible de Feijoo y rezumaron con profusión en sus escritos. Por centenares es posible contar los versos del mantuano que afloran en la obra del Padre Maestro, siempre desprovistos de todo aparato de citas y localizaciones, porque se intuyen brotados casi espontáneamente de una memoria, que no tenía que envidiar en nada a la paterna. ¿Qué libro le había servido de base para el aprendizaje? ¿Habían pasado sólo oralmente al tierno vástago? No me parece probable. En la casa de quien, humilde sí, pero con inquietudes que hubieran hecho de él un gramático y un humanista, si se hubieran acordado las circunstancias, debió de hallarse presente alguna edición de las que en octavo, con carácter popular, circulaban del poeta mantuano, para facilitar las memorísticas apuestas que gustaba de tener el sencillo gallego. ¿Continuó Feijoo poseyéndola durante sus años de estudiante? Tampoco puedo afirmarlo. En todo o en parte, por Florilegios o Antologías, Virgilio formaba parte de la Paideia tradicional y no estuvo ausente del cursus humanístico del benedictino.

Con todo, el P. Feijoo nunca tiene por punto de referencia al de Mantua más apoyo que el de su memoria, jamás la precisión de una cita avala un manejo directo de algún ejemplar del poeta latino, en ningún caso

(53) C.E., III, 5<sup>o</sup>, 14.

(54) Catálogo de San Vicente: «Quintiliano, Instituciones Oratorias, 2 tom., 8<sup>o</sup>, past (sign. 18.4).

(55) T.C., IV, 14<sup>o</sup>, 85.

apoya su autoridad en el libro que puede figurar en su Librería. Creo adivinarlo presente entre sus libros, no por sabido y conocido, menos apreciado. Por si aún no bastara, la Biblioteca del Monasterio de San Vicente le ofrecía las posibilidades de una preciosa edición incunable con sabrosos comentarios humanistas y con las apreciaciones de los mejores escoliastas del mantuano (56).

Por poco científico que parezca, en relación con esta faceta de la Librería feijoniana, en alas de la intuición, séame lícito dejarme guiar de una corazonada, al no disponer de datos que garanticen una aseveración definitiva. El parangón que el P. Feijoo establece entre Virgilio y Lucano, dejando discurrir el sentimiento de su pasión a favor del hispano, me hace pensar que ambos poetas debieron de ser lectura selecta para el benedictino, en su retiro de Oviedo, que no debió de verse privado en su Biblioteca de los ejemplares de la producción poética de los dos encumbrados vates. Las largas citas de este último, con su ausencia de la Librería conventual, vienen en apoyo de su adscripción también a la Librería feijoniana.

Tampoco del poeta de Sulmona, Ovidio, puedo ofrecer conclusiones definitivas sobre su presencia en la Librería feijoniana. Me parece que puede decirse lo mismo que de Virgilio, aún intensificado. El P. Feijoo trató en dos de sus Discursos sobre las «Causas del amor» y los «Remedios del amor» (57), para los que tuvo muy presente al poeta sulmonense. En otro sentido, sus frecuentes citas parecen provenir memorísticamente de lecturas de juventud. Me imagino a nuestro benedictino en posesión de algún ejemplar ovidiano de los tan vulgarizados, en que, con parecido método al de su compañero de Orden, Fray Martín Sarmiento, de quien, con el autógrafo posesorio, ha llegado a mi poder por una de esas casualidades que depara la suerte, el ejemplar de Ovidio que un día figuró en su Librería (58), iría subrayando el P. Feijoo los versos que consideraba más dignos de confiar a la memoria. Si ello no fuere así, todavía pudo hacérsele asequible la lectura directa del de Sulmona en el ejemplar, que, en dos volúmenes, poseía la Biblioteca conventual (59).

En relación con las obras de Séneca, de tan intenso eco en la del P. Feijoo, con localizaciones frecuentes de sus citas, no puedo concluir para la Librería feijoniana ninguna edición del filósofo de Córdoba que tampoco se hallaba presente en la Biblioteca del Monasterio. Sin embargo, sí tengo constancia de la pertenencia a la Librería feijoniana de un Florilegio, basado en las obras de nuestro Séneca y en las de Publilio Siro, recopilado

(56) Catálogo de San Vicente: Virgilio (Marron -sic-), oper. omn. cum comment., 1 tom., fol., Venet., 1487 (sign. 40. 11.)\*

(57) T. C. VII, 15<sup>o</sup> y 16<sup>o</sup>.

(58) *Pub. Ovidii Nasonis Opera*, Amsterdami, apud Guilli Blaeuw, 1638, 1643, [?], 3 tomos en un volumen. El tercer tomo, falto de primeras hojas por expurgo.

(59) Catálogo de San Vicente: «Ovidio, 2 tom., 8<sup>o</sup>, past. (sign. 18.4)\*.

por el filólogo belga Jan Gruter (60), autor de abundantes ediciones de clásicos antiguos. Esta obra figuró en la relación de Lugo, con el número 57 y en el Inventario para Samos con el 55.

Poco más puedo añadir a la Librería feijoniana en la Sección de autores latinos, si no es mencionar a algunos otros que aparecen alguna vez en su obra y que figuraron en el fondo de la Biblioteca de San Vicente. Merecen especial atención las obras de César, Salustio y Valerio Máximo, asequibles para el P. Feijoo en la Librería conventual (61).

### Obras auxiliares.

Además del *Léxico* de Scapula, citado más arriba, figuraron otros libros de consulta en la Biblioteca feijoniana o en la conventual que también manejaba. En la Librería del Monasterio disponía del *Diccionario Latino* de Ambrosio Calepino en varias ediciones (62). El P. Feijoo alude varias veces a esta obra (63). También disponía del *Diccionario* de nuestro Nebrija, al que el Padre Maestro consultaba con frecuencia, para puntualizar el sentido exacto de términos latinos (64).

Del libro *Censura celebriorum authorum* de Pope Blount, el gran erudito y crítico inglés, ya he concluido su pertenencia a la Librería feijoniana en el trabajo presentado como Ponencia en la XVI Semana de Estudios Monásticos, celebrada en el Monasterio de Samos, del 20 al 24 de Septiembre, bajo el título «El P. Feijoo desde su Biblioteca: sus aficiones histórico-geográficas». Feijoo lo tuvo en cuenta en lo referente a noticias y juicios de varios de los autores latinos citados en «Glorias de España», así como en otras partes de su obra.

En la misma línea hay que poner las obras del sapientísimo Padre Renato Rapin, cuyas *Oeuvres diverses* se conservaron con las demás feijonianas en la Biblioteca Provincial de Lugo, en cuya relación se mencionan al número 49, inventariadas más tarde para Samos con el 47. Fue famoso este erudito jesuita por sus comparaciones de Virgilio y Homero, Horacio y Virgilio, Platón y Aristóteles, Demóstenes y Cicerón, Tucídides y Livio, algunas de las cuales aparecieron en sus *Comparaison des grands hommes de l'Antiquité* (65), obra que, según la relación de la Biblioteca de Lugo, en el número 51, y del inventario posterior, al número 49, se hallaba en la Librería feijoniana.

(60) JANUS GRUTERUS, *Florilegium Ethico-politicum, numquam antehac editum, necnon P. Syri ac L. Senecae sententiae aureae, recognoscente Gr. Jano*, Francoforti, Jonae Rhodii, 1610-1612, 3 vols.

(61) Catálogo de San Vicente: «Julio Cesar, de bello gallico, 1 to., 8°, perg. (sign. 40.21)»; «Salustio (Crisp.), son dos toms. en past. (sign. 15.21)»; «Valerio Maximo (sign. 40.21)».

(62) Catálogo de San Vicente: «Ambrosio Calepino, Dictionar. decem linguarum, 1 tom., en fol., tabla, Lugduni, 1588 (sign. 17.11)»; «Calepino (Ambrosio), Dictionar. 8 linguar., 2 tom. fol. may., past., Lugduni, 1611, (sign. 15.11)»; «It., Dicción, 10 ling. 1 tom., fol., Lugduni, 1631 (sign. 16.11)»; «El primer Diccionario de 8 lenguas contiene la Latina, la Hebrea, la Griega, la Española, la Francesa, la Italiana, la Inglesa y la Alemana. El otro Diccion. añade a estos idiomas el Ungaro y Polaco».

(63) C.E., I, 33<sup>o</sup>, 13.

(64) Catálogo de San Vicente: «Nebrija, Dictionar. de Lengua Latina, (sign. 16.21)». Cf. T.C., VI, 4<sup>o</sup>, 33; VII, 6<sup>o</sup>, 35; C.E., I, 33<sup>o</sup>, 7; I, 42<sup>o</sup>, 11.

(65) La Haye, chez Pierre Gosse, 1725.

También se puede mencionar, bajo el mismo aspecto, el libro del docto Gabriel Naudé, *Apologie pour les grands hommes sousounez de magie* (66), en donde se incluían algunos autores latinos, pero del que el P. Feijoo echaba en falta a Apuleyo (67). El libro con la auténtica feijoniana se conservó en Lugo y después en Samos.

Finalmente, aunque no puede considerarse más que como testimonio notable del Latín humanístico, figuró entre los libros feijonianos la magnífica obra del jesuita francés, P. Jacobo Vanière, el *Praedium rusticum*, mencionado más arriba, obra digna de parangonarse con las de los escritores de los tiempos de Augusto y émulo de Virgilio en sus *Geórgicas* y de Columela en su *De re rustica*. «El Columela francés» lo llama el P. Feijoo y su obra debió de figurar en su Librería, en la edición tolosana de 1730 (68), pues a ella alude en el *Suplemento al Teatro* (69).

Podría referirme aún a otros libros de la Librería feijoniana tocantes no tan directamente al tema de la Antigüedad clásica. Algunas obras de historia antigua ya las he mencionado en mi trabajo aludido. Para no hacer en exceso tediosa esta descripción que he intentado de la Sección clásica de la Librería feijoniana, trataré de concluir mi exposición. Por ella, una nueva faceta del P. Feijoo nos resulta ya mejor conocida. Si por la Librería de un estudioso, decía al principio, es posible descubrir la interioridad de su alma, lo que fue el espíritu del P. Feijoo respecto a los clásicos grecolatinos, desde sus libros nos queda ahora desvelado.

### *Seminario Metropolitano. Oviedo*

---

(66) Dernière édition ou l'on a ajouté quelques remarques. Amsterdam, Jean Frédéric Bernard, 1712. Relación del Catálogo de la Biblioteca Provincial de Lugo, número 70; Inventario, número 67.

(67) T.C., VI, 2º, 44.

(68) T.C., IX, I, 34. Adic. a T.C., I, 12º, 39.

(69) *Ib.*